

De Carlos Sabat Ercasty

IX

Nubes. Oscura cólera. Costa gris. Mar potente.
Lluvia y llovizna entre el azote de la racha.
Islas de sombra y llanto partidas por el hacha
de la ola. Relámpagos y huracán en la frente.

Y allá, en el viento, el árbol de la nave. Presiente
más lucha el corazón, y el furor le remacha
los golpes. Ruge el pecho. La tempestad se agacha
tenaz, para estrecharme y arrancarme del puente.

¡Oh deseos y júbilos! ¡Oh esperanzas extintas!
Crinadas olas agrias y de revueltas tintas
estrellan en la proa su alarido salvaje.

Mi carne va a doblarse como un metal cansado.
Pero no, porque el mástil como un dedo ha apuntado
una estrella, y el barco grita en mi horror: ¡Coraje!

X

Tú pasabas la mano, sensiblemente breve,
sobre los cielos de mi frente fatigada,

y mientras le rozaste tu flor maravillada
mi frontal derretía sus cúpulas de nieve.

Yo contaba una a una las rosas de la leve
mano. Y de una en una la mano delicada
iba tocando estrellas en mi frente extasiada.
¡Y cómo ese recuerdo mi corazón conmueve!

Sólo un desear sin fin dejó esa primavera
de tu amor. Tú no puedes creer en tantos astros,
ni buscas en tus manos la rosa y la quimera.

¡Y tal vez en la frente queden celestes rastros!
¡Y tal vez en tus dedos florezca la tristeza!
¡Ven, y pasa tu mano por mi pobre cabeza!

(Los Adioses. Palacio del Libro. Montevideo).

Señor García Monge: Le cuento que he sido favorecido con el envío de un nuevo libro de versos del gran cantor del Mar: Carlos Sabat Ercasty, Los Adioses—Interludios al modo antiguo.—Para recreo del selecto público del Repertorio Americano, me permito enviar a usted las piezas IX y X de este tomito del benévolo, del distante amigo. Le saluda afectuosamente.

R. Coto.

San José, abril—1900.

ESTA noche al volver de la *Fiesta de Arte* (así rezaba en programas y cartelones), el recuerdo de Bigotes ha surgido en mi memoria como para equilibrar el disgusto del ánimo. He traído de la tal *Fiesta de Arte*, como untado de miel el espíritu, y perseguido por las moscas. Así me lo puso el desfile de poetas y oradores por el escenario del teatro, con su fraseología desvaída salpicada de metáforas chillonas. Sobre todo este pequeño profesor de literatura que también es poeta. ¡Cuántas cosas incoherentes y acarameladas dice, acompañándose de largos gestos que terminan en unos dedos curvados hacia arriba en forma de flor! Una vez más ha sacado a relucir la parábola de Tolstoi con su Cristo que sabe ver en la carroña de un perro los dientes semejantes a perlas; los lirios del evangelio que no trabajan ni hilan y la hermanita Pobreza y los hermanos pájaros de San Francisco. No contento con su discurso, nos ha perseguido luego a la salida, con sus teorías sobre el amor y el dolor y sobre estética. Yo no sabía qué hacer ya para no retorcer el pescuezo a esta chachalaca lírica.

La figura silenciosa de Bigotes el hulero nicaragüense que conociera de niño, ha venido de la época lejana a pasar sus gestos tranquilos,—semejantes a los de las plantas movidas por la brisa,— sobre mis nervios aturridos por la palabrería de todos estos poetas y oradores en smoking y botas de charol. ¡Cuánto más interesante y sugestiva era para mí la memoria de este trabajador callado, con su camisa manchada y llena de desgarrones, sus pantalones remendados, sus botas enlodadas y oloroso a selva.

Entonces yo contaría unos doce años. La finca de mi tío Manuel en Guápiles y Bigotes apareciendo de cuando en cuando con su cargamento de hule.

Su saludo se limitaba a tocarse el sombrero si traía sombrero, y si no, a un sonido cualquiera.

Bigotes

— De *Las fantasías de Juan Silestre*. —

Surgía de pronto de la montaña, y al verlo se tenía la impresión que era un vegetal que había echado a andar.

¿Por qué el apodo de Bigotes, si apenas le cubrían el labio superior unos pelillos largos, lacios y delgados que él respetaba como si se tratara de un espeso mostacho?

Era más bien de apariencia insignificante a primera vista: bajo, moreno curtido por las intemperies, ceniceño, de miembros finos. Nadie al verlo hubiera dicho que había acabado con no sé cuántos tigres. Mi tío Manuel me contó que la gran cicatriz del pecho era el zarpazo de un tigre que le había hundido el esternón. Pero la fiera había muerto con el puñal de Bigotes—suave y rápido como una víbora—entre el corazón. El hulero había estado entonces a punto de irse de la vida. Mi tío Manuel se fué a cuidarlo al rancho de dos aguas, de bijagua y cola de gallo que entonces tenía el hulero en el corazón del bosque. Allí lo veló durante quince noches con la Carmela, la mujer que vivía con Bigotes, mientras el león rondaba la vivienda—se lo veían brillar los ojos en la oscuridad a través de la empalizada— y oían pasar numerosas manadas de chanchos de monte perseguidas por el tigre. Bigotes guardaba por mi tío una profunda gratitud, que nunca se tradujo en palabras sino en actos.

Los peones decían que debía dos muertes.

La voz de Bigotes era suave sin ser femenina. Algo así como la transición entre el silencio y el ruido. Tenía una dentadura hermosa, blanca, pareja; no sabía lo que era un dolor de muela. Sonreía muy pocas veces, pero cuando sonreía, se le iluminaban con el brillo de los dientes, las facciones duras y secas. Recuerdo que en una ocasión al ver un rayo de sol vespertino encender un

picacho de roca pelado, recordé la sonrisa en la cara de Bigotes.

¿Cuántos años contaba, cuando yo lo conocí? Entonces a mí me parecía un viejo; ahora pienso que debía tener unos cuarenta años lo más. Hablaba muy poco; sin embargo, cada vez que decía algo, mi imaginación de niño se sentía impresionada y sus palabras me dejaban una multitud de sugerencias. En una ocasión me invitó a pasar unos días en su rancho.

Mi tío Manuel debía saber a qué atenerse, cuando me dejó aceptar la invitación. Y a pesar de los comentarios de los peones sobre las muertes que debía Bigotes, yo no tuve miedo y partí con el hulero.

A día y medio de la finca estaba el rancho de palmilera, muy bien construido, a la orilla de una quebrada. Parecía que el hombre se quería fijar definitivamente en aquel lugar. Descansaba la choza en bases altas y el piso y las paredes eran de tallos de la palma muy bien unidos por medio de bejucos. El techo estaba cubierto de hojas, pero no caía dentro la menor gotera. Todo esto lo había hecho Bigotes sin ayuda de nadie, solo, solo. A un ladito del rancho había un pequeño cercado de uno dos metros cuadrados de superficie, limpio de toda yerba, con una enredadera de flores azules adornando el vallado y una cruz tosca de madera a la sombra de un hibiscus o clavelón de flores bermejas. Ahora recuerdo las flores de este hibiscus como unas moñas que la alegría dejara caer allí al pasar volando sobre la selva.

Vivía en la soledad más absoluta, sin la compañía siquiera de un perro.

Los huleros de por estos lados viven casi siempre solos. Ni perro tienen, por que el león lo persigue y acaba por comérselo.

El claro donde se hallaba el rancho era un punto rodeado por la selva. Había que estar atajándola diariamente con el machete para que no lo ahogara.

Nos acostábamos al anochecer protegi-

dos de las picaduras de los zancudos por los mosquiteros, en los duros camastros obra de Bigotes. El hulero se ponía a fumar en su pipa que nunca lo desamparaba. De rato en rato las sombras se iluminaban al resplandor del tabaco encendido. Fuera el murmullo salvaje de la lluvia o aquellos ruidos misteriosos de la montaña en la noche.

Era un silencio tachonado de ruidos como las noches de verano de estrellas. Chirridos de insectos, deslizarse de culebras y fieras entre la maraña. Dijérase que la montaña hervía. Parecía escucharse la savia subir a lo largo de las raíces, de los troncos, de las ramas. Gritos de pájaros que Bigotes sabía clasificar:

—Ahora es una de esas gongolonas redondas y grises de patas azules; ese es un pavón negro de los que enarcan la cresta al cantar; ese otro es una pava canela.

Entre oscuro y claro llegaba a menudo hasta nosotros el rugido del tigre o los aullidos aflautados de los pumas cachorros.

Madrugábamos. Yo me iba a lavar a la quebrada, lleno de temores por aquella masa oscura y monstruosa que me rodeaba. Todo estaba en silencio. los ruidos de la noche se habían callado. Apenas el estridular de un grillo temblaba como una gota de agua sobre la soledad. De cuando en vez, una pequeña manada de zaiinos se aventuraba en el calvero e inquietaba la profunda calma con el olor de su almizcle y el ruido de su carrera. El olor del monte se esparcía en oleadas al sentir el aire la vecindad de la luz.

A veces yo acompañaba a Bigotes en sus correrías.

¡Qué admirable sentido de orientación el suyo! ¿Cómo hacía para encontrar el camino entre la masa de hojas y bejuco, cortado de vez en cuando por una picada practicada por los huleros?

Pasaba días enteros sin dirigirme la palabra. Yo era el que preguntaba y no siempre me contestaba. Me informó que de cada árbol se sacaban de quince a veinte libras de hule. Que a él no le hacían daño las víboras porque se había tragado la hiel de una muy venenosa puesta de antemano en guaro. y que eso lo inmunizaba. Cuando encontraba un árbol de hule recién picado, pasaba derecho. Me dijo que un hulero debe respetar el palo que otro acaba de picar.

En una ocasión que debía ir muy lejos, me dejó solo en la casa preparando la comida. En la tarde regresó con una hembra de chanchito de monte a la espalda. Tras él venían dos crías con el hocico levantado hacia la madre ensangrentada y sin vida. Bigotes le había vaciado las tripas, y en la cavidad había acomodado una pava canela de carne suculenta. Asamos una pierna del chanchito en las brasas. La grasa crepitaba y el ambiente estaba lleno del sabroso olor de la carne aderezada por Bigotes con yerbas olorosas. Dejamos la pava colgada del cobertizo de la entrada para comerla al día siguiente, pero

DR. HERDOCIA
Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

**10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde**

Contiguo al Teatro Variedades

el puma vino a media noche y se la llevó.

En una ocasión le pregunté qué había en el pequeño cercado al lado del rancho y qué significaba la cruz de madera. Bigotes se hizo el que no me oía y yo me quedé con la curiosidad.

A los quince días me sacó a la finca. Cuando estuvimos en presencia de mi tío, dijo:—Valiente el chamaquito, don Manuel.

Un premio de la escuela no me habría dado nunca la satisfacción de aquellas palabras.

«Valiente el chamaquito, don Manuel». Muchos años han pasado después, y quien las pronunciara debe andar entre el polvo de la tierra... A mí me parece estarlas oyendo pronunciar.

Algunas cosas de Bigotes supe más tarde por mi tío don Manuel:

Que uno de los tigres que había matado el hulero, perseguía a la Carmela, mujer de éste; Carmela estaba embarazada y los tigres persiguen a las mujeres embarazadas, me aseguró aquel viejo lleno de creencias y de mañas. La piel que estaba al pie de su cama, era la piel de ese tigre, el más grande que había visto hasta ese día.

Bigotes vivía con una paisana suya, la Carmela, mujer buena y sufrida; era muy simpática, y adoraba a su hombre. A los infiernos era capaz de seguirlo. Y Bigotes, celoso como él solo. Bastante la hizo sufrir con su condenada debilidad.

—Ahora verás, hijo, lo que hizo: vivía entonces en el Colorado. Todos lo vieron embarcarse en la lancha que hace el servicio entre el Colorado y Limón. Apenas desembarcó lo comenzaron a atormentar los celos. ¡Quién sabe Carmela!... La verdad es que no le tenía mucha confianza. Cuando se metió a vivir con él, estaba muy lejos de ser una santa. Y después aquel Escobar, el hondureño de Belice... Ya algunas veces lo había sorprendido pasándole por la puerta con los zapatos amarillos de domingo y esto en día de trabajo, y queriéndose meter entre la casa con los ojos. Pero lo que era de él de Bigotes nadie se reía.

Y nuestro hombre, sin saber cómo ni a qué horas cogió el camino hacia el Colorado, por la playa. Anda y anda. Atravesó a nado las bocas de los ríos sin pensar en los tiburones. Cuando tenía sed se subía a los cocoteros a coger pi-

pas para beberse el agua; y si le apretaba el hambre comía icacos. Llegó de noche a los tres días de caminar, con los pies despedazados. Nadie lo vio. El rancho estaba iluminado. Se deslizó sin hacer más ruido que una serpiente. Pegó los ojos de las rendijas, y allí estaba Carmela... con unas piernas en los regazos... Pero eran las piernas de unos calzones de Bigotes que la pobre estaba remendando.

Aún creo oír la carcajada sabrosa de mi tío Manuel al terminar su relato.

Carmela le había contado la aventura en gran secreto. Parece que ella esa noche, comenzó de pronto a sentir un desasosiego. le parecía que alguien rondaba el rancho; era como si unos ojos le estuvieran escarbando los pensamientos. Ni el menor ruido fuera. No pudo resistir y fue a abrir la puerta. De entre las sombras surgió una figura. ¡Qué susto se llevó Carmela! Era Bigotes. En la zurda—porque era zurdo—tenía todavía el puñal desnudo. No contestó a sus preguntas. Se acostó y durmió hasta la tarde del día siguiente. Y después nunca le habló de aquello ni le explicó nada. Pero Carmela todo lo comprendió.

Carmela se le murió al hulero al dar a luz un niño. Fué unos cuatro años después que Bigotes se vino a instalar en el lugar adonde yo lo visitara. Era la primera vez que iban a tener un hijo. El hulero gastó sus economías en cosas para lo que iba a nacer. Fué entonces que levantó el rancho de palmilera con aquellos sus pisos y sus paredes tan bien contruidos con tallos de palma. El rancho de dos aguas de bijagua y cola de gallo no le parecía propio para recibir a la criatura. Madre e hijo murieron al nacer éste. Limpió bien un pedacito a la vera de la choza y allí los enterró. Después cercó el pequeño campo, plantó el hibiscus y puso la cruz. Más tarde enterró allí también a Patas, un perrillo saguato a quien Carmela quería como a las niñas de sus ojos. Había sido el compañero inseparable de ella durante los años que habían vivido en ese lugar. Lo habían acostumbrado a estar siempre entre el rancho para que el león no se lo comiera. Pero una vez muerta Carmela, el perrillo se iba detrás de Bigotes y sucedió lo que tenía que suceder: un buen día, mientras Bigotes recogía hule, oyó ladrar a Patas. Cuando acudió, ya el león había matado a su compañero. El hulero pudo acabar con la fiera y llevarse al perro muerto que enterró junto a Carmela.

Mi tío Manuel sorprendió una tarde de verano a Bigotes sentado en un tronco dentro del vallado, fumando su pipa.

Yo volví a la ciudad, y durante mucho tiempo pensé al anochecer—con una intensidad semejante a la de este momento—, en el hulero solitario y callado que vivía en el corazón de la selva, a día y medio de la habitación más próxima, junto al lugar en donde tenía enterrados a su mujer, a su hijo y a su perro.

Carmen Lyra

(Envío de la autora).

San José, C. R. Abril de 1930.